

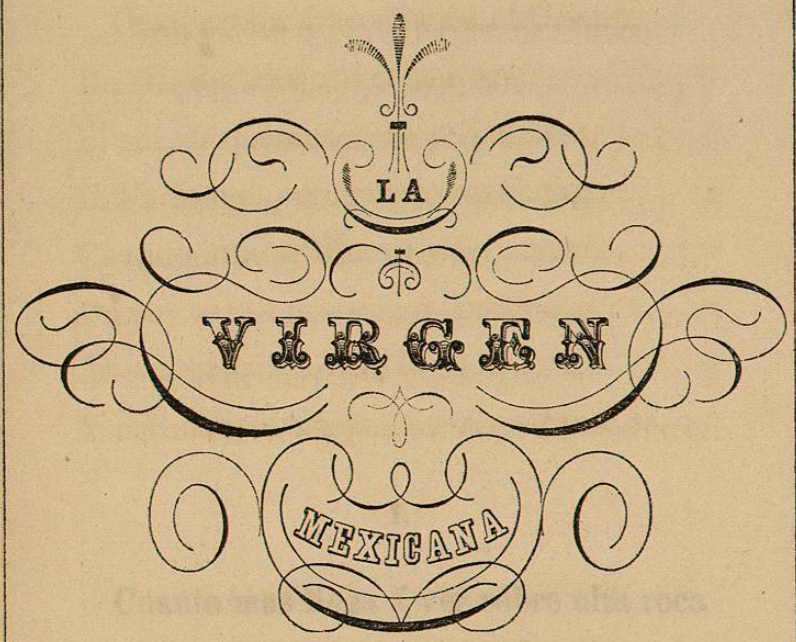
XLIV.

Comenzaba a resonar en el Oriente
 De sus dorados rayos coronados
 El sol, luciendo claro y resplandeciente
 Del alto cielo el cono extendido
 Cuando el activo mundo despertó
 De sus continos ruidos interrumpido
 Al solitario monte de la Cruz
 Y arrojando a un peñon se descañaba



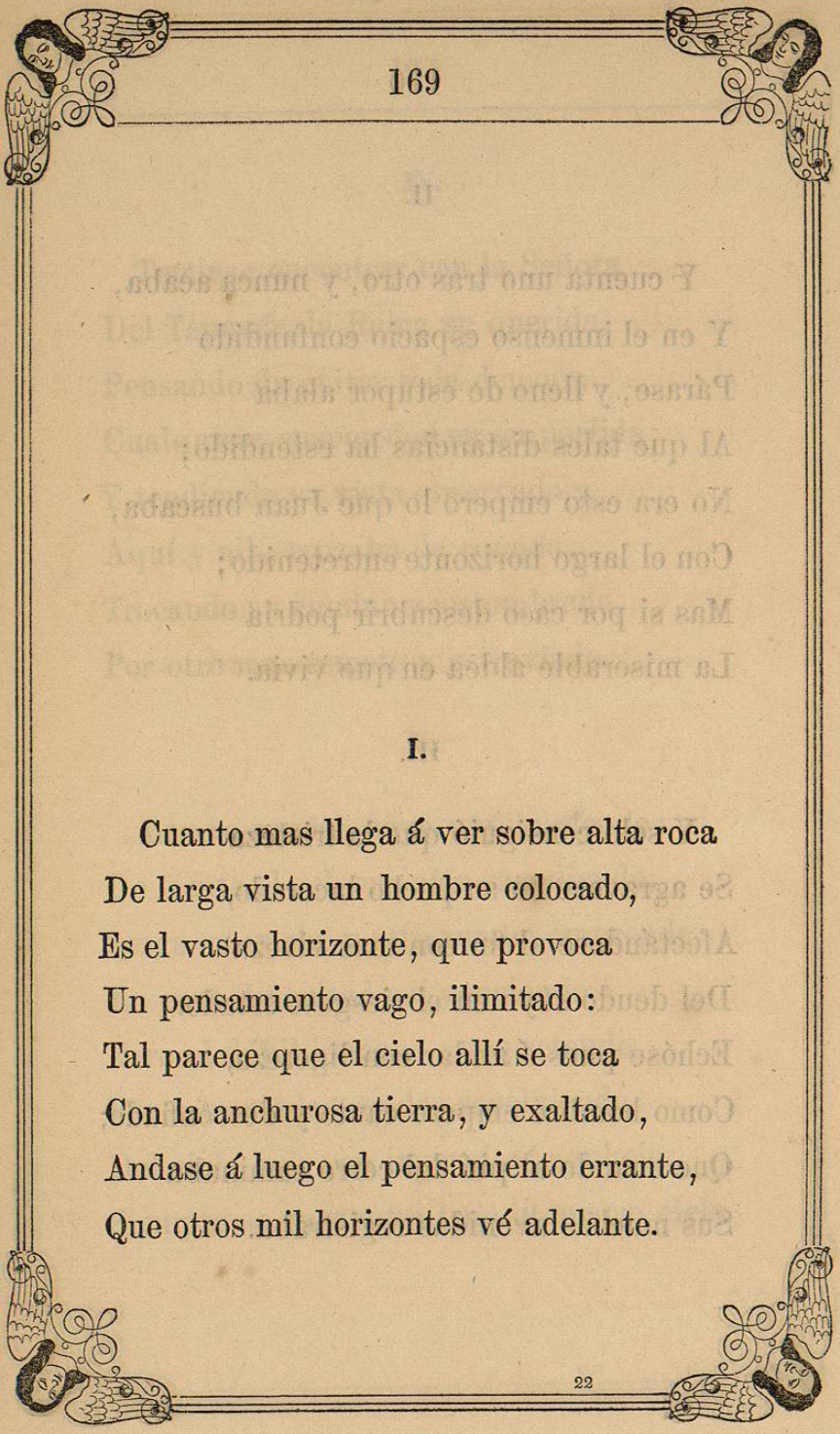
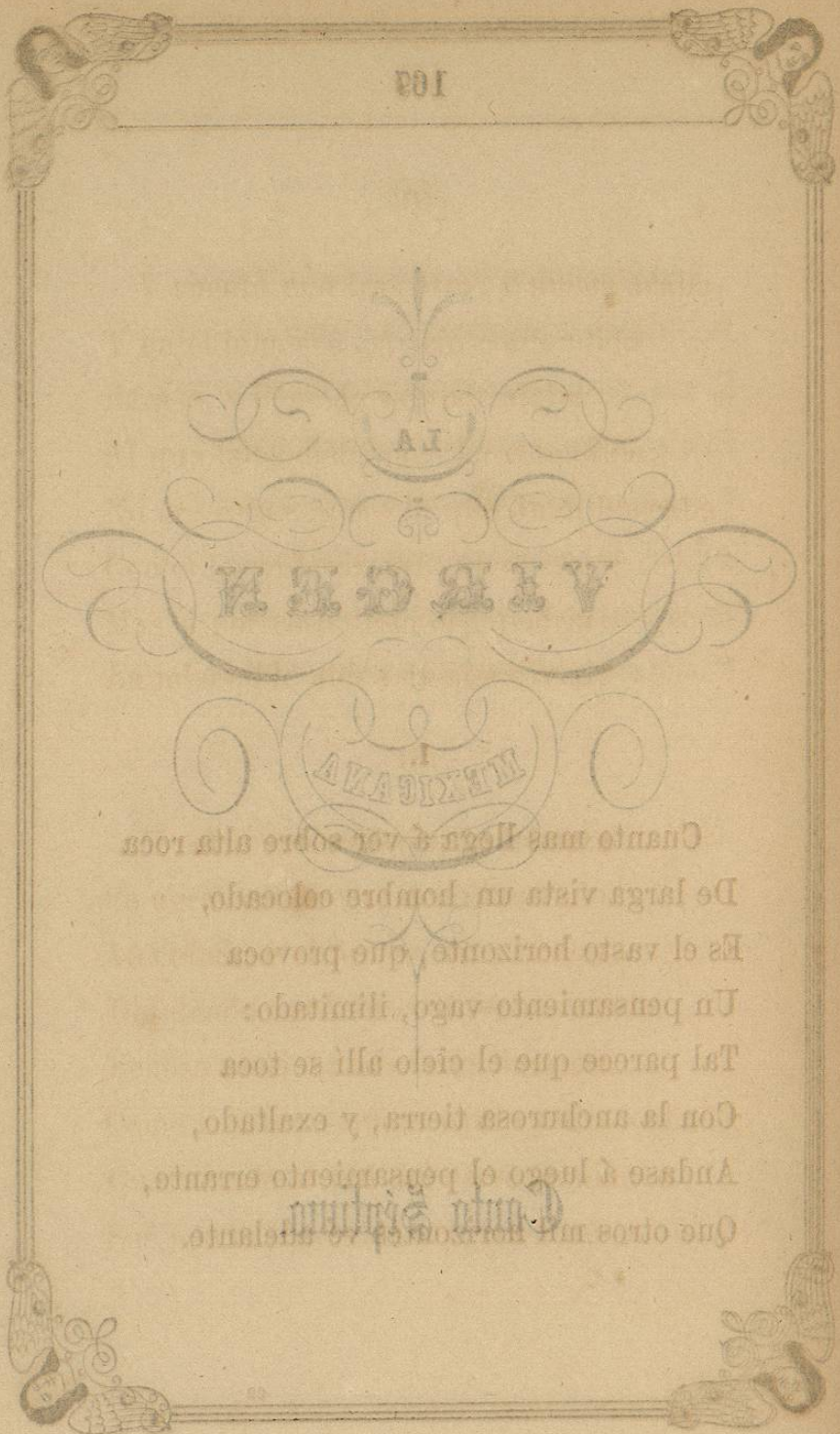
Que se eleva en el punto de la Cruz
 Respirar del cielo el puro
 Cual con el viento se eleva
 La voz del viento que se eleva
 Del monte que se eleva
 Y así se eleva el alma
 Hasta al cielo se eleva

Canta Séptima



Canta Séptima
 De larga vida y de pura
 En el vaso de la vida
 Tu presencia es el alma
 Tal paraíso que se eleva
 Con la pureza de tu vida
 Andas de la vida
 Que vive en el alma

Canta Séptima.



Y cuenta uno tras otro, y nunca acaba,
 Y en el inmenso espacio confundido
 Párase, y lleno de estupor alaba
 Al que tales distancias ha estendido;
 No era esto empero lo que gran buscaba,
 Con el largo horizonte entendido;
 Mas si por caso descubrir podía
 La miserable aldea en que vivía.

I.

Cuanto mas llega á ver sobre alta roca
 De larga vista un hombre colocado,
 Es el vasto horizonte, que provoca
 Un pensamiento vago, ilimitado:
 Tal parece que el cielo allí se toca
 Con la anchurosa tierra, y exaltado,
 Andase á luego el pensamiento errante,
 Que otros mil horizontes vé adelante.

II.

Y cuenta uno tras otro, y nunca acaba,
 Y en el inmenso espacio confundido
 Párase, y lleno de estupor alaba
 Al que tales distancias ha estendido;
 No era esto empero lo que Juan buscaba,
 Con el largo horizonte entretenido;
 Mas si por caso descubrir podría
 La miserable aldea en que vivía.

III.

Y sólo consiguió que la tristeza
 Se agravase en su pecho lacerado,
 Afectándose al fin con mas viveza
 Del deudo suyo en el riesgoso estado.
 Echóse pues á andar con ligereza,
 Como hombre empero cauto y desconfiado;
 Que cuando al pié del cerro caminaba
 Sus muchas avenidas registraba.

IV.

Temíase encontrar con la Señora
 Del Tepeyác, la Reina su querida,
 Pensando de evitar toda demora,
 Cualquiera suspension en su partida;
 Y tendiendo su vista observadora
 Aquí y allí, cruzaba de corrida,
 Trocando su camino acostumbrado
 Por otro mas remoto y estraviado.

V.

La ave caudal, cuya pupila ofende
 De frente el sol, sus alas sacudiendo,
 Sesga su vuelo, y otro rumbo emprende
 La gran dificultad así venciendo;
 Pero el débil humano que pretende
 Por estraviadas sendas revolviendo
 Del cielo huir con imprudente anhelo,
 Siempre se encuentra bajo el mismo cielo.

VI.

Así al tiempo que Juan se persuadía
 De haber al cabo su intencion llevado,
 Hallóse en la presencia de María,
 De su estéril designio avergonzado:
 Vió que de la alta sierra descendía
 Y que el paso le habia adelantado;
 Mas en vez de temor, dulce contento
 Absorbió todo estraño pensamiento.

VII.

Quedóse como absorto, empero su alma
 Dulcemente mostraba poseida
 De una apacible y deliciosa calma,
 Tanto y aun mas como era apetecida.
 Nunca el guerrero que cortó la palma
 De una victoria que juzgó perdida
 Mostróse tan altivo y desdeñoso
 Como el indiano humilde y amoroso.

VIII.

Estaba de su lado la clemencia
 De la Madre de Dios, en cuyo pecho
 Nunca el enojo entró ni la impaciencia,
 Que santo y puro y sin mancilla es hecho:
 Pensaba de ocultarse á su presencia
 El pobre Juan, y súbito deshecho
 Su intento vió; mas su fatal tristura
 Trocóse al punto en plácida ternura.

IX.

Alegróse á su aspecto bondadoso,
 Que de su amor la imágen representa,
 Mas hermosa que el iris prodigioso
 Signo de paz despues de la tormenta;
 Y ¡oh Reina mia! se exclamó gozoso,
 Perdona mi tardanza, y solo haz cuenta
 De tu piedad, que eres piadosa en todo...
 Y la Reina le dijo de este modo:

X.

¿Dónde vas, hijo mio? ¿Qué sendero
 Y qué camino es ese que has seguido?
 El tierno Juan la saludó primero;
 Dióle cuenta despues de lo ocurrido;
 Ni le ocultó el motivo verdadero
 De haberse hácia otro rumbo divertido,
 Y blanda como en todas ocasiones
 Recibió la Señora sus razones.

XI.

Y añadió: Sabe, pues, que enteramente
 En este instante la salud perdida
 Recobra el deudo tuyo; y al presente
 Nada hay que el paso á la ciudad te impida.
 • Y Juan: Nada en verdad, y es conveniente
 Cumplir con la palabra prometida,
 Que el buen prelado me estará aguardando,
 Y de mi vuelta acaso desconfiando.

XII.

Mándame, pues, ¡oh Reina! y un momento
 No suspendo mi marcha; parto al punto,
 Que espero con tu nuevo mandamiento
 Que tenga fin tan importante asunto:
 De cuanto tú dispongas soy contento,
 Que á tus deseos mis deseos junto;
 Yo soy tu siervo y tú mi dueño amado,
 Y hacer tu voluntad es mi cuidado.

XIII.

Tan solo te suplico que me digas
 Qué señas le daré, para que luego
 Tu noble empeño maternal consigas,
 Y surta efecto mi ardoroso ruego:
 No pienses que me cansan las fatigas;
 Despáchame, Señora, que hoy me entrego
 De nuevo sin reserva á tu servicio,
 Sin temor de cualquiera sacrificio.

XIV.

Complacida quedó la Virgen pura
 Con palabras tan gratas y oficiosas;
 Y agradeció el obsequio y la finura,
 Con otras muy mas tiernas y graciosas.
 Y continuó: Pues bien, traeme unas rosas
 De esta inculta montaña; allá en la altura
 Las hallarás tan lindas y esquisitas,
 Cual yo las quiero y tú las necesitas.

XV.

Sorprendido oyó el indio este lenguaje,
 Pues sabia muy bien que solo espinas
 Y abrojos producía aquel parage,
 Como todas las sierras convecinas;
 Y ¿quieres, dijo, que de allí te baje
 Esas flores tan bellas que imaginas?
 Y la Reina: Sí, Juan, así lo quiero,
 No te tardes, arriba, aquí te espero.

XVI.

Aun sonaba su voz, y ya el indiano
 El superior mandato obedeciendo,
 Sin oponer ningún pretesto vano,
 Por la elevada cuesta iba subiendo:
 De la alta cumbre Céfito liviano
 A su encuentro bajaba, desparciendo
 En derredor los plácidos olores
 Que robaba en su tránsito á las flores.

XVII.

De novedad tan bella y agradable
 El paso entonces redobló aguijado,
 Y á su arribo, de un gozo inesplicable
 Esclamó dulcemente embelesado:
 ¿Quién un vergel tan rico y admirable
 En terreno tan árido ha formado?
 Su rostro al cielo santo levantaba
 Y con el cielo al parecer hablaba.

XVIII.

Doradas y encendidas mariposas
 Revolando tocaban en su frente,
 Y huían á esconderse entre las rosas,
 Y luego revolvían blandamente:
 Iban de un lado y otro veleidosas
 Siguiendo el curso al manantial ambiente,
 Que en el pensil alegre jugueteando
 Cambiaba á cada instante murmurando.

XIX.

Un poder superior había dado
 Fecundidad al árido terreno,
 Y en él profusamente derramado
 Las ricas gracias de que estaba lleno:
 Era todo de verde tapizado,
 Y blancas perlas que cuajó el sereno
 Hacían en las yerbas, undulantes
 A la aura leve, fúlgidos cambiantes.

XX.

Exenta allí de la glacial esfera
 Sobre la verde alfombra recostada
 Parecía la hermosa primavera
 De vistosos matices ataviada:
 Allí no hacía falta la parlera
 Avecilla que canta en la enramada,
 Pues con dulces gorjeos parecía
 Que á los tristes humanos les decía:

XXI.

Venid, venid al Tepeyác, mortales,
 Los que oprime el invierno de la vida,
 Venid á respirar de vuestros males,
 Que aquí la dicha encontrareis perdida:
 Para vosotros son estos rosales
 Y el rico ser de la estación florida,
 Por vosotros el Cielo ha cultivado
 En medio del invierno este collado.